

Amor, trabajo y movimiento en la materialización de la frontera

Love, work and movement in the materialization of the border

José Miguel Nieto Olivar¹

1. Professor da Faculdade de Saúde Pública da USP (vinculado ao Departamento de Saúde, Ciclos de Vida e Sociedade). Comunicador social, mestre em literatura latino-americana (Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá) e doutor em Antropologia Social pela UFRGS. <https://orcid.org/0000-0002-7648-7009> jose-miguel@usp.br

Resumo: En este texto comparto cuatro historias sobre movilidades, sexualidad, amor, moralidades, género y dinero. Y sobre antropología y privilegio. Cuatro historias en las cuales Perú, Colombia y Brasil se encuentran en el inagotable trabajo multitudinario de materializar “la frontera” como un espacio habitado, atravesado y múltiplo. Estas historias, conmigo enredado en ellas entre 2011 y 2016, participan de la composición, más específicamente, de la ciudad de Tabatinga (AM, BRASIL), en el alto río Solimões. Se trata de un texto estrictamente basado en informaciones y experiencias etnográficas, y todas sus ficciones frouxas. Tomando como inspiración las ideas de Paul Ricouer sobre análisis histórico, (re)configuración textual y narrativa, realicé un proceso de análisis antropológico que está implícito, que compone las historias de inicio a fin y que no deriva en una estrategia textual-analítica basada en un lenguaje explicativo o hermenéutico. El montaje de las historias, mis decisiones editoriales, performan relaciones de años con personas, escuelas y teorías sobre los temas que aquí se ejercen; este texto tiene como objetivo y estrategia concentrarse en las historias vividas, contadas, configuradas y abiertas

a la reconfiguración exhaustiva de lectores y lectoras.

Palabras clave: Antropología; Movilidades; Espacio Transfronterizo; Amazonía; Sexualidad.

Abstract: In this text I share four stories about mobilities, sexuality, love, moralities, gender and money. And about anthropology and privilege. Four stories in which Peru, Colombia and Brazil meet in the inexhaustible multitudinous work of materializing “the border” as an inhabited, traversed and multiple space. These stories, with me entangled in them between 2011 and 2016, participate in the composition of the city of Tabatinga (AM, BRASL), on the upper Solimões River. It is a text strictly based on ethnographic information and experiences, and all its *frouxas* [portuguese: loose] fictions. Taking as inspiration Paul Ricoeur’s ideas on historical analysis, textual (re) configuration and narrative, I carried out a process of anthropological analysis that is implicit, that composes the stories from beginning to end and that does not derive in a textual-analytical strategy based on an explanatory or hermeneutic language. The assembly of the stories, my editorial decisions, perform relationships of years with people, schools and theories about the themes that are exercised here; this text has as its objective and strategy to concentrate on the stories lived, told, configured and open to the exhaustive reconfiguration of readers.

Keywords: Anthropology; Mobilities; Transborder space; Amazon; Sexuality.

Nota introductoria

El presente es un texto académico estrictamente basado en informaciones y experiencias etnográficas, y todas sus ficciones *frouxas*. Es construido tomando como inspiración las ideas de Paul Ricoeur (1994) sobre análisis histórico, (re)configuración textual y narrativa. Resulta de un proceso cuidadoso y de larga duración de análisis antropológico que está implícito, que lo compone de inicio a fin y que no deriva en una estrategia textual analítica basada en un lenguaje explicativo o hermenéutico. Por esta razón, no tiene “consideraciones finales” o más momentos analíticos que su propia materia y localizadas

inflexiones. Comparto entonces cuatro cuentos-casi sobre movilidades, sexualidad, amor, moralidades, género y dinero. Y sobre antropología y privilegio. Cuatro historias en las cuales algún Perú, alguna Colombia y algún Brasil se encuentran en el inagotable trabajo multitudinario de materializar “la frontera” como un espacio habitado, atravesado y múltiplo. Estas historias, conmigo enredado en ellas entre 2011 y 2016, participan de la composición de la triple frontera, del complejo urbano transfronterizo y, más específicamente, de la ciudad de Tabatinga (AM, BRASIL), en el alto río “Solimões” (parcialidad brasilera entre Manaus y Tabatinga, *daquilo que mundo afora chamamos* río Amazonas).

El montaje de las historias, mis decisiones editoriales, *performan* relaciones de años con personas, escuelas y teorías sobre los temas que aquí se ejercen. Estas relaciones sustentan la escogencia de las palabras y de los caminos. Sobre los marcos teóricos que me ayudan aquí, sobre los mercados del sexo transfronterizos, sobre relaciones entre género, Estado, sexo, dinero y Amazonía en esta frontera, y sobre descripciones metodológicas he escrito en otros lugares, y en diálogos explícitos con diversos autores y autoras (algunes grandes amigos), a quienes pido disculpas por no ejercitar aquí una política de citación más amplia. Este texto tiene como objetivo y estrategia concentrarse en las historias vividas, contadas, configuradas y abiertas a la reconfiguración exhaustiva de lectores.

Sigo el largo y abundante debate brasilero sobre ética en *pesquisa* antropológica, que nos enseña sobre proceso y relación, sobre producción de conocimiento, sobre tiempo y consulta cercana con las personas con quienes trabajamos (VICTORA *et al.*, 2004; FLEISCHER & SCHUCH, 2010; SARTI & DUARTE, 2013; SCHUCH & VICTORA, 2015). Como parte de eso me propongo no perjudicar a las personas que componen este texto, como tampoco a los colectivos sociales –muchas veces discriminados– a los que pertenecen. Eso tiene que ver con ser capaz de guardar secretos, de recusarse al conocimiento y de anticipar mínimamente algunos usos y algunas interpretaciones perversas o “benevolentes” del texto, como me enseñó Claudia Fonseca en mi *qualificação* de doctorado. Algunas personas existen aquí, otras existen más allá o más acá; de poquísimas mantuve los nombres “reales”, de la mayoría inventé otros nombres reales. Cuando los mantuve fue, o por consulta directa durante los

trabajos de campo o durante la realización de este texto, o porque hace parte de un conocimiento público y de un reconocimiento también académico.

1. China Hereje

En la mesa de madera había un bocachico sudado, con plátano, arroz y frijoles rojos grandes. El jugo era aquel hecho con lulo amazónico hervido, que a ella tanto le gustaba. A la mesa estábamos sentados Carmelo, Blanca y yo. Cocinar y compartir la comida siempre fue para Carmelo una manera especialmente cuidadosa de ofrecer cariño, de tejer alianzas y reciprocidades. Los frijoles eran antioqueños; es decir, del departamento colombiano de Antioquia, centro ancestral de Carmelo. La gatica que había adoptado recientemente se rozaba entre nuestros pies descalzos sobre el piso de cemento frío. La comensalidad fue fundamental en el trabajo de Carmelo como “patrona” de una casa de prostitución en Leticia, Colombia, y después en Tabatinga, Brasil. Carmelo sabía que Blanca, abstinerente de carnes, disfrutaba el pescado local y las carnes que sus amigos indígenas cazaban, y a ella le gustaba mimarla con eso. Blanca también estudiaba otros amores y otros movimientos, intentando entender Leticia a partir de la circulación indígena de alimentos (YAGÜE, 2013).

Entre sudores y mordidas, Carmelo nos cuenta que ha estado soñando con Irma, su primer amor. Lleva toda la semana soñando con ella. El calor es una pasta pesada en el aire, a pesar de que el bar La Rumba, casa/negocio de Carmelo, tiene el techo alto de *caraná* y paredes de madera con celosía. Todos los días ha soñado con ella. Más de 40 años ya pasaron, y más de cinco mujeres como compañeras estables. En sus palabras, mientras con sus dedos saca finamente las espinas del bocachico de su boca o del plato, la ciudad de Villavicencio, en el departamento del Meta, emerge intensa y viva en sus palabras. Su voz habla de una ciudad que permanece intacta en la memoria, con esquinas y nombres de calles, barrios, ríos, montañas y carreteras, colores, negocios, mujeres, amores, familia. Una ciudad que yo veo en mi memoria desde la altura geográfica y colonial de Bogotá y que identifico como otra frontera, una de las más importantes fronteras internas del país, frontera de expansión colona desde la capital, ciudad clave en la producción de alimentos para el centro del país y para las guerras colombianas. Una ciudad que, asentada en el pie de la

Cordillera oriental, fue siempre la gran vía de conexión del centro y norte del país con los Llanos Orientales, con la frontera suroriental con Venezuela, y con una porción de la Amazonía colombiana.

Para Carmelo, que no nació en ella, Villavicencio fue su ciudad de origen, su referencia de crecimiento afectiva. (car)Melita nació de una joven pareja en Génova, pueblito del departamento de Quindío, en el eje cafetero, al centro-occidente del país, en 1951 -10 años después de Astrid, mi mamá, en Coello, Tolima. Su papá Gabriel, que trabajaba en la construcción de carreteras en otros lugares del país, volvía y se iba dejando poco dinero y un hijo más en Olivia. Hasta que Papito, el abuelo materno de Carmen, le puso un punto final a la situación. Para resolverlo, Gabriel cogió a su familia y se la llevó a San Martín, en el departamento del Meta, al otro lado del país, dónde estaba trabajando en la construcción de una importante carretera que abría los Llanos orientales. Pero Melita no fue. Primogénita y recibida en el parto por Mamita (su abuela), era la consentida de los abuelos. Pocos años después Papito, Mamita y Melita vendieron todos los negocios y emigraron a Villavicencio, capital del Meta, para apaciguar las *saudades* que sentían de su hija (ellos) y de su mamá (ella).

Carmelo no creció en el eje cafetero, pero aprendió de su Papito los modos y el orgullo regional de ser “paisa”, como se les dice a los pertenecientes a esta región. Carmen Rosa nació “paisa” y ya creció colona.

Irma fue su primer amor. Carmen había aprendido de Papito la elegancia masculina y la eficacia en los negocios. Usaba pantalón, camisa y carriel cruzado. Aún adolescente aprendió a recolectar y a lavar botellas de vidrio que le vendía a la empresa local de aguardiente. Trabajó en un aserrío de madera del cual se volvió socia, quizá como contra-don del propietario -único hombre con el que tuvo una (01) relación sexual en su vida-, transportó clandestinamente pequeñas cantidades de marihuana, y con 21 años comenzó a administrar un pequeño supermercado que Papito había comprado. Irma trabajaba en el supermercado, hija de los anteriores dueños, a quien le pidieron que se quedara enseñándole a Melita el negocio. Irma le enseñó y a Carmen le gustó. “Y pa` completar, muere Mamita, y dice la mamá de ella [de Irma]: ‘Ay, no, pobrecita... Vaya y cuide a esa pobre muchacha...’”.

Comimos todo, como a Carmelo le gustaba. Nos ofreció más y aceptamos con gusto. Nunca parábamos de sudar, aunque alguna brisa había comenzado a entrar por la celosía. Blanca oía, con sus ojos azules enormes. En los cuartos cerrados, atrás de las paredes de triplex, Clara, Kelly y Flor dormían el almuerzo, el calor y la resaca. Ventiladores a toda marcha. Después saldrían a prepararse para la noche de trabajo. Clara a hacer su papel de “mujer” de Carmelo, y Kelly talvez iría con Blanca a un café internet para que ella le sirviera como interprete en su comunicación con Paul, el turista inglés a quien hace unos meses acompañó en un paseo a Iquitos (Perú) y que de tanto en tanto le manda dinero a cambio de unas palabras de cariño y algunas fotos. El dinero que viene de Londres pasa por Leticia, tangencia Tabatinga, y, hecho pesos, se dirige a Pereira, directamente a la cuenta de la mamá de Kelly, que cuida de su hijo. Flor, mujer negra del pacífico colombiano, irá a la “calle de las chanclas” y a la casa *dos* chocolates en Tabatinga, y después a las tiendas de “importados” en Leticia para, con el dinero que ganó en las últimas semanas, mandarle algunos regalos a sus hijas en Quibdó, capital de Chocó, que poco a poco se van volviendo adolescentes. Reales, soles, pesos y dólares de los más diversos orígenes, legales y no tanto, que hechos pesos atraviesan y comprimen el espacio-tiempo y se transforman en llamadas, amor, cuidado, cuerpo y *copresencia*, como nos enseñó Bruna Bumachar (2016).

La muerte de Mamita no es comparable con la muerte de Papito, en abril de 1977. La tristeza lo invadió todo. No había más Melita, y no había más familia. La relación con Irma ya había acabado porque Carmelo había conocido a otra mujer en la prisión: La Rubia. Su primera prisión, su segundo y mayor amor. Carmelo había comprado electrodomésticos robados, punto. La Rubia, que había sido trabajadora sexual, había herido a alguien en una pelea. De la prisión en donde se conocieron, su amor ocupó los días y noches de Carmelo, y, cuando la muerte de Papito, ocupó todos los otros rincones.

Juntas, el 10 de mayo de 1977, exactos nueve años antes del nacimiento de Blanca en Zaragoza, España, dejaron todo atrás y se subieron en un bus rumbo a Medellín, la Arcadia antioqueña, de dónde La Rubia era originaria. En el bus sonaba China Hereje, canción del cantante y compositor colombiano Oscar Agudelo, y ella lloraba todos los ríos y las tormentas. “Y hasta el sol de

hoy”, nos dijo Carmelo aún sentados a la mesa del almuerzo. Carmen dejó atrás a su familia consanguínea para nunca más volver a verla o tener noticias. Ya sin su plato al frente y con el vaso de jugo en la mano, Carmelo deja que un poco de los ríos y tormentas llaneras vuelvan a venir. Su piel se eriza bajo el sudor y nos lo deja ver. “¿Qué será de ellos, mijo? ¿Será que están vivos?”. Cantó una parte de China Hereje.

Fue el 30 de septiembre de 2013 en La Rumba, el “ranchito” del bombillo rojo. En la época yo realizaba trabajo de campo para un proyecto de investigación de Adriana Piscitelli (2015), mi exsupervisora de *pós-doc*, sobre *tráfico de pessoas* en diversos contextos en Brasil, y me mantenía a partir de las *diárias*. Blanca y yo nos habíamos casado en marzo, en la Notaría Única de Leticia, porque ella -española- necesitaba regularizar su situación migratoria en Colombia, porque nos queríamos y porque era una idea linda. Vivimos en la casa de Blanca en la zona rural de Leticia, en el kilómetro 4,5 de la carretera: una casita de madera construida en lo alto de un mango. Carmelo nos apadrinó el matrimonio, nos celebró y nos organizó el transporte para la fiesta en el *tuk-tuk* de Angelito. Un año después, en Campinas (BRASIL), yo, reiterando mis naufragios e invenciones, me separaba de Blanca, y al año siguiente Carmelo moría entre Leticia y Bogotá.

Varias horas después de haber salido de Villavicencio, Carmen y La Rubia se bajaron del bus en el frío intenso de Bogotá. Aún en el terminal, casi enseguida, se subieron en otro bus para Medellín. Carmen habría dicho que si no encontraban un bus inmediatamente ella se volvía para Villavo. No sé por qué, pero Medellín no funcionó muy bien en los planes, y del caribe colombiano llegaron informaciones sobre olas calientes y abundantes de dinero. Llegaron a Santa Marta, en la costa norte, al final de 1977, cuando mis papás, profesores en la Universidad Nacional de Colombia, aún casados, con dos hijos y ya sin cualquier amor entre ellos, comenzaban a vivir en una casa que él pagaría por los siguientes 15 o 20 años y que me recibiría un año después. Finalmente, la casa propia; migrantes tolimenses que aún pequeños salieron de sus pueblos en condiciones absolutamente diferentes y se encontraron para hacerse adultos y casi-burgueses mientras Bogotá se hacía una gran ciudad.

En Santa Marta fueron algunos años trabajando juntas, trayendo “contrabando” desde Venezuela y vendiéndolo a quien mejor pudiera pagar. La venta en Colombia de bebidas, comidas, cigarrillos, ropas y electrodomésticos provenientes irregularmente del otro lado de la frontera y del creciente comercio global se hacía más rentable cuando era acoplada a la circulación de dinero del comercio ilegal de marihuana que, en esa época, floreció a partir de Santa Marta y de la península de la Guajira. Y en ese ventarrón de movimientos y comercios, apareció para ellas, desde muy lejos, el susurro de otro gran negocio, de otra gran frontera, de otra grande circulación.

En 1981 La Rubia y Carmelo desembarcaron en el aeropuerto de Leticia. Ella tenía 30 años; yo, 3, y aún faltaban 10 para la nueva constitución de Colombia. Amazonas aún no era un departamento y Letícia aún no era su capital, pero allí, en el corazón de la Amazonía, en el extremo sur de Colombia, crecía un polo de uno de los negocios y de las formas de socialidad más transformadoras de la historia del país y quizá del mundo reciente. El tráfico de cocaína. Desde el final de los años 70 en Leticia se vivió “La Bonanza” de cocaína, para muchos, la época de oro de la ciudad. Tabatinga, al otro lado de la frontera, aún no se había *emancipado* administrativamente de Benjamin Constant, estaba lejos de ser la ciudad intensa, movida y abarrotada que hoy es. Formas transfronterizas comenzarían a existir y muchos años después Jorge Aponte (2017), investigador de la Universidad Nacional de Colombia en Leticia, escribiría una enorme e importante tesis de doctorado sobre esta “geohistoria”. Yo crecía en Bogotá, en la maravillosa casa que mis papás nos dieron, oyendo y aprendiendo sobre la guerra, sobre Pablo Escobar y sus amigos, sobre el narcotráfico y Dios, sobre “la democracia más larga de América Latina”, sobre bombas que explotaban cerca y lejos, sobre la vida académica, sobre la “porquería”, el placer, la diversión, la (ir)responsabilidad y la inescapabilidad de ser hombre.

Carmelo y La Rubia participaron del juego y el juego las partió al medio. Hubo dinero y el dinero desapareció, como La Bonanza. Después de La Rubia, que se devolvió a Medellín afectada por el consumo de “droga”, cinco grandes amores atravesaron y constituyeron a Carmelo en el transcurso de los

siguientes 30, 34 años... Después de huir del calabozo en Tabatinga y después del subsiguiente intento de nueva captura (secuestro internacional) por parte de policías brasileros en Leticia, Carmelo cambió de negocio y montó una cantina. Ella había sido presa en Tabatinga sin cualquier procedimiento legal por estar participando activamente de la vida social y económica de la ciudad, de la fabricación transfronteriza y del mercado global. Locamente enamorada de Doña Gardenia, trabajadora sexual colombiana que llegó de Neiva (ciudad del centro del país) a trabajar a la cantina colindante, Carmelo fue entrando de lleno en el ramo del comercio sexual. Juntas montaron un prostíbulo y juntas, con los tres hijos de Doña Gardenia, tejieron una familia y la posibilidad feliz de Carmelo hacerse efectivamente “Papito”. Hasta que, reiterando naufragios e invenciones, Carmelo se “encacoró” de Clara, casi 40 años más joven, *trabajadora sexual colombiana que llegó de Pereira (ciudad del Eje Cafetero) a trabajar a la cantina colindante...* y las cosas comenzaron a desbarrancarse hasta el final...

Cuando salió de su tercer y último paso por la prisión, esta vez en Leticia y por una acusación de explotación sexual de una joven de 17 años, Carmelo había perdido casi todo. Ella se acercaba a los 60 años. Con una motico que su Mamá Amparo le regaló, atravesó la frontera y en 2010 abrió nuevamente su casa/negocio en la temida Tabatinga. Motos motos motos, aviones, motos, aviones con mujeres colombianas que iban y venían, motos motos motos, tuquituis atravesando la frontera con turistas, y algún carro. Y yo en bicicleta, excepto cuando ella decidió prestarme indefinidamente una de sus moticos, pues sentía compasión de mi por estar viviendo en “esa lejanía” (en la casita del árbol, a las afueras de Leticia). Amor traducido en casita en el árbol en la lejanía; amor traducido en motico. *Amor traducido*. Siempre vi la casa/negocio de Carmelo como una *dobra* trasfronteriza de mujeres en intensos movimientos; un punto colombiano en Tabatinga que servía de nodo conector (VICTORINO, 2012) en el bordado geopolítico que mujeres de orígenes populares, trabajadoras sexuales colombianas, realizaban intensamente entre diversas ciudades colombianas, algunas poblaciones peruanas, Panamá e islas en el Caribe. Un tejido por cuyos hilos recirculaban y redistribuían fractal y femeninamente los dineros hiper-masculinos del mito-concepto de la Frontera, como dice la

antropóloga colombiana Margarita Serje (2005). Y también oxígeno (y otras sustancias) para sus posibilidades múltiples de ser mujer, de ser sexuadas, de ser amigas, de ocupar las ciudades, la noche, el dinero; de ser mamás.

Con el comercio sexual y con el paso de los años, Carmelo empobreció. Con más detalles, ya conté este final en otro lugar (OLIVAR, 2019). Amores perros e intensos, trabajo interminable para mantener la precariedad de su negocio en pie, aventuras y diversiones magníficas, sus motos, sus motos, separaciones violentas y nuevas aventuras, los abusos y robos de Clara, su celular y su lista de teléfonos, el gradual envejecimiento que nos llega y la producción de un tejido de parentesco en diversas alianzas, constituyen parte de la materia a través de la cual Carmelo hizo de Leticia, primero, y después de “la frontera”, su tierra.

De esa tierra me vi imaginándola después. Melita. De la tierra del cementerio de Leticia que ella, terca y sabiamente, escogió como el lugar a partir del cual conectarlo todo para siempre y reencontrarse con Papito y Mamita, con todas las amigas y amigos que vio morir en estos años. Gravemente enferma, hospitalizada en Leticia, pero sin tratamiento ni diagnóstico por meses, Carmelo fue transferida a Bogotá, donde semanas después falleció. Mamá Amparo, su madre putativa en el mundo que escogió y construyó, organizó todo para que el cuerpo de Carmelo no se perdiera en la fría, dura, detestable y centralista Bogotá. Hereje de almas y amores nunca fue.

2. Esa palabra me trajo aquí

Socorro y yo caminábamos por las calles de Iquitos, Perú. Era mi primera vez allá y estaba encantado. Hablábamos de todo, pero especialmente comparábamos insultos en español colombiano, en español peruano y en portugués brasileiro. Ella me preguntó que cómo yo diría “cachera” en Colombia. Pensando en voz alta pasé por la palabra “puta”, a la cuál tanto le debo. “A mí no me gusta esa palabra, José.” “¿No te gusta?” “No, esa palabra me trajo aquí.”

Dos mil quince fue un año difícil. Cuando llegué a Tabatinga a realizar mi trabajo de campo, además de encontrar a Carmelo enferma, encontré a Socorro sumergida en una enorme tristeza, pues el dueño del inmueble dónde ella había mantenido su casa y su restaurante en Tabatinga los últimos

10 años, le pidió que se lo entregara urgentemente. Como era previsible, no había contrato de arriendo ni nada que la protegiera. Debía desmontar todo y salir cuanto antes, porque se había difundido la fantástica noticia de que en Tabatinga iría a ser construido un aeropuerto internacional y que diversos vuelos internacionales harían escala de *free shop* en la ciudad antes de entrar o salir del país. El propietario de la casa, un reconocido y poderoso comerciante local con amplios supuestos vínculos con el narcotráfico, quiso aprovechar la oportunidad, demoler la casa y construir un *shopping center*. Socorro entendió o decidió, de aquella forma en que una cosa es la otra, que era hora de terminar su experimento fronterizo y volver a su tierra natal y a su familia en la sierra peruana. Lo entendió como un designio, como efecto de un “daño” de brujería que le hacían, y como la desgracia sociológica que era. Por eso lo entendió y decidió con la sensación de volver “fracasada”, “sin nada”.

Los restos de la urgente demolición del restaurante/casa, permanecieron abandonados en el terreno cercado con hojas de zinc por lo menos hasta 2020.

En el inicio de mi trabajo Socorro no había sido, formalmente, eso que suele llamarse de interlocutora o informante de investigación. Yo almorzaba en su restaurante muchos días en la semana, conversaba horas con ella, con su hermana, con su trabajadora Flor y con su cocinera “*chiva*”. Todas peruanas. Más que una “informante”, Socorro y ellas fueron amigas y cómplices afectivas. Fue en su restaurante, uno de los pocos lugares silenciosos y tranquilos de la noche tabatinguense, donde muchas veces conversé con los chicos y chicas gays y trans cuando comenzaba a conocerlas y cuando quería, de hecho, poder oírlas y preguntarles. A ella le parecía extraño y divertido. Yo solía celebrar mis cumpleaños en el restaurante que después fue transformado en ruinas, y en él celebramos Blanca y yo la fiesta de nuestro matrimonio en 2013. Aquella noche estuvieron allí Carmelo y sus chicas, mi papá y mi mamá, mi hermano y su compañera, mi amigahermana Flávia Melo, amigos míos y de Blanca, además de Doña Yulissa y su familia preciosa -amigos peruanos también-, que cantaron toda la noche con sus voces transfronterizas muchas veces premiadas. Socorro le preparaba a Blanca una porción entera de tallarines salteados vegetarianos.

Ella fue siempre una especie de intérprete local/forastera de esta frontera,

de Tabatinga, de las relaciones políticas, sexuales, afectivas y económicas entre sujetos nacionales. Una lente peruana para mí en estos años. Por su restaurante circulaban los poderosos “*meninos*” de la Policía Federal brasilera, oficiales del ejército brasilero, médicos y médicas de los tres países, funcionarios públicos, profesores universitarios, y su comida, hecha con alimentos y manos peruanas, circulaba en ellos. Ella, un poco coyote caritativo, un poco *trickster*, era una especie de araña, sagaz y discreta, dulce y laboriosa, que circulaba entre mundos diversos, día y noche, a través de las fronteras, siempre con su hilito atento; un vaso capilar de muchas puntas y oficios. Sabía todo, hacía muchos favores a peruanos que deseaban Brasil, y le gustaba explicarme las cosas, pero estaba siempre trabajando, cansada, yendo a su Culto o visitando sus amigos y amigas. Sin embargo, en 2015 tuvimos tiempo de conversar, de pasear, de cocinar, de beber y de llorar. Mi propia vida laboral y afectiva tampoco estaba muy bien. A pesar de que mi plan para aquel trabajo de campo era concentrarme en el *terreiro* de Umbanda del *Pai Jairo* y en la red de chicos y chicas gays y trans con quienes venía trabajando, el encuentro con Carmelo y Socorro reorganizó todo. Me propuse mimarlas, me propuse estar con ellas y ayudarlas lo más que pudiera; me propuse aprender de forma más atenta un poco de todo el enorme conocimiento que Socorro tenía de la frontera.

A Iquitos fuimos por diversas razones. Socorro quería hacer negocios para juntar algún dinero antes de volver y quería visitar a su gran amiga La Tormenta. Además, quería consultarse con una “bruja” que le habían recomendado para saber si le estaban haciendo algún “daño” y si eran Flor y su mamá que se lo estaban haciendo. Toda una micropolítica interseccional de desconfianzas coloniales operaba este afecto: Serrana, empresaria y mestiza (como yo), Socorro desconfiaba con rabia de los poderes malignos y sobrenaturales de su trabajadora jovencita, pobre, loreтана y, probablemente, indígena. Yo le pedí permiso a Carmelo, que ya estaba hospitalizada en Leticia, y le prometí que sería un viaje corto. A ella no le gustó mucho, y se preocupó por saber, ahora que yo no estaría, quién iría a “jalar” a los médicos para que hicieran su trabajo.

En mi maleta viajaban 15 pares de zapatos. En la aduana de Chimbote (Perú), a pocas horas río arriba de la isla de Santa Rosa, nuestro puerto de salida, la mía fue la única maleta que revisaron. El oficial de aduanas, que me

había llamado a la parte trasera de la lancha rápida, me dijo que no podía llevar más que 3 pares. Le dije que eran regalos y que yo había consultado a Juárez, en Santa Rosa. Él insistió, usando el “reglamento de equipaje” y me informando que yo iría a tener que pagar un “tributo” de 12% del valor de la mercancía. Me preguntó si yo estaba llevando más maletas, y cuando le dije que apenas mi morral personal, lo quiso ver. Quiso saber también con quién viajaba. Cuando llegamos a la silla me pregunto si ella era mi amiga. Ella y yo confirmamos. “Pero si yo te conozco!” “Claro, pues, ¿cómo estás?” “¿Es tu amiga?” Claro, le digo. “Pues hubiésemos comenzando por ahí!” Y se alejó deseándonos buena suerte. En Tabatinga, Socorro le había hecho muchos favores a la mujer del agente.

Ya en Iquitos, en la habitación del hotelito en el que estábamos, mientras los vamos organizando y poniéndoles precios, La Tormenta le explicaba a Socorro el negocio de “ser comerciante” y traer zapatos. Aquí Socorro no sabía nada. Iquiteña, La Tormenta nos contó historias infinitas de viajes y aventuras fluviales en esta Amazonía que, en su cuerpo y en sus palabras, se revelaba abiertamente transfronteriza. Las relaciones (de amores, de amistades y de parentesco) son parte del negocio (de movimiento). El marido de la amiga de Socorro, que le debe favores, miró con cariño los 15 pares de zapatos brasileros en mi maleta, mientras Rubi, otra amiga de negocios, garantizaría que Juan, su amante y fiscal aeroportuario, “sirviera de algo” para que los zapatos llegaran a Lima.

La Señorita Estercita García Márquez decía ser hermana, en efecto, de mi compatriota más famoso, fallecido un año atrás. Ella vivía en una casa enorme y macondiana en Iquitos. Primero de octubre de 2015. Sentadita y tranquila, la anciana le leyó a Socorro el tabaco y sus cenizas. Fue un precioso ritual chamánico, tarareado, ritmado y musicalizado con el silbido de Doña Estercita. Era una melodía en estrofas regulares que giraban sobre sí y de las cuales apenas una palabra clave era pronunciada. Una palabra que marcaba la relación entre Socorro, su lectora y los espíritus con los cuales ella se comunicaba: Brasil..... Levántate..... Levanta Alto..... Y después silbaba alegre. Ella tenía 92 años y dijo que le gustaría tener “el primer libro de Gabriel”. Fue lindo verla. El primer cigarro leído, que era cuádruple y fue dedicado al

“daño”, se quemó “feo”, irregularmente. “Te derrumbaron feo, hija. Pero no hay daño. Cuando hay, aparece, aparece el brujo... ¿Ves? [muestra con sus manos a nuestro alrededor], no hay nada. ¡Es mala administración!”

“¿Ya fuiste al médico?” le preguntó ella cuando Socorro le consultó sobre algunos dolores en las extremidades. Después, el segundo cigarro fue dedicado a la pregunta de para dónde ir. Ese se quemó “lindo”, “bonito”, todo regular. “Te va a ir bien, hija, no te preocupes, te vas a levantar...”. Por fin, con “el culito” de cada cigarro, a los que le había adicionado canela y mirra, rezaba a Socorro ya en pie. “Sanación”. “Su coronita de oro, su coronita de oro, sus zapaticos de oro, su vestidito de oro, su espada de oro... Jesús por delante, Jesús por detrás, Jesús por los costados.” Socorro entonces tuvo que pisar los culitos pensando en sus pedidos y deseos.

Una vez terminada esta parte, subimos a la habitación de consulta de la Señorita Estercita para que ella le leyera las cenizas. Socorro preguntaba mientras Doña Estercita, sentada en una butaca bajita, refregaba las cenizas en una hoja blanca sobre el piso. Refregaba, le daba golpecitos a la hoja, la giraba en un sentido y en el otro observándola atentamente hasta que de repente ella veía una imagen que algo le comunicaba. Para la pregunta de a dónde ir ahora, las cenizas comunicaron “Montaña”. Después apareció Socorro montada en un caballo, galopante y exitosa, al mando. La pregunta sobre el amor, fue respondida con un número 2, un hombre, un buen amor... y una pistola y otra mujer. Salimos de allí más contentos de lo que llegamos; Socorro, aliviada y pensativa. “Mala administración”.

Más de 10 años atrás, en Lima y en su ciudad natal, Socorro trabajaba organizando banquetes y eventos, especialmente para las fuerzas militares y de policía. Parte de su trabajo, o de su estrategia para estos eventos, incluía ofrecer un repertorio de mujeres jóvenes, guapas, que sirvieran como recepcionistas y camareras en los eventos. Siendo un trabajo que implicaba agradar a los hombres, y en el cual la belleza y su exposición “decente” era un componente importante, como los analizados por Amalia Cabezas (2009), Socorro había generado un protocolo normativo enfocado en la moral sexual suya y de las chicas. Ellas no eran, no podían ser o parecer prostitutas. Ese era el límite

absoluto. A pesar de la insistencia de sus amigos y clientes, la mayoría contratistas y oficiales de la policía y del ejército, y de las ofertas de dinero adicional, ella no favorecía ningún contacto físico, ninguna insinuación sexual explícita y ningún encuentro con sus chicas. “Lo que ellos hicieran aparte, sin que yo lo supiera, era otra cosa”. Socorro no era, nunca fue casada, antes de su paso por la frontera tuvo poquísimos novios y nunca me pareció especialmente interesada por el sexo. Una pentecostal y la otra católica, Socorro y Carmelo administraban negocios semejantes que en cierto aspecto implicaban políticas contrarias, y ambas -que se conocieron y se hicieron cercanas por mí- podían ser extremadamente moralistas en sus juicios sobre la sexualidad femenina. Para las dos, *puta* era un insulto.

Sentados en un bar en Iquitos en 2015, Socorro me contó su historia con Ramiro, un hombre casado y padre de una hija pequeña, de quién se enamoró en su tierra, con quién se abrió enteramente. Él, como suele suceder, había construido un paisaje que tenía la separación como hecho inminente; visitaba a la familia de Socorro, salía con sus amigos... Ella estaba feliz, enamorada, esperanzada. Entre fuegos amigos y miradas cruzadas, su historia con Ramiro se fue complicando. Como mi mamá en los años 80, pero en la posición contraria, Socorro comenzó a recibir llamadas de la esposa de Ramiro que la insultaba y la amenazaba, que le decía cosas horribles para alejarla de ese hombre (RAMIRO, MI PAPÁ). Los susurros y llamadas se fueron volviendo ruidos públicos hasta que una noche, cuando ella hablaba con otro amigo del mismo círculo en una fiesta de bautismo, la esposa de este último se atravesó en la conversación “y me dijo ‘¿qué haces hablando con esta puta quita-maridos?’”

Yo me quede así, José...

Yo cogí un wiski de alguna mesa no sé cuál,
yo me subí al carro de mi amiga Lucy y yo lo llamé a él y le dije por tu culpa
me dijeron esto, entonces yo le dije y tú no estás acá para que tu hubieses
enfrentado eso y hubieses dicho que yo no soy ninguna puta ni quita-maridos
porque yo te dije que no deberíamos de continuar... entonces él me dijo no, y yo no sé... Pan!

Yo apagué el celular, yo no sé si boté mi celular, no sé qué hice...

Lo que sé es que yo al día siguiente yo no tenía celular y yo estaba en la casa de mi amiga Lucy que yo no me acuerdo como yo fui ahí...

Socorro abandonó el negocio y su mamá se la llevó a Ica a una casa rural de la familia. Ser denunciada públicamente como *puta y quita-maridos* la destrozó. Se estaba enfermando. “Yo nunca había sido una puta... Y me habían dicho puta... Yo le había dicho a él que era mejor acabar, que él volviera con su mujer, por su niña pequeña, por el amor que le tiene a ella y todo... O sea, no era mi intención destruir su hogar...” Estando en esa situación, una gran amiga la llama y le cuenta que ella y su novio se van a ir a Manaos, Brasil, atrás de una gran oportunidad para abrir un restaurante o un negocio semejante. La amiga la invita a que se una a ellos en este negocio, como una manera de pasear, de conocer. Socorro lo consulta con su mamá, que años atrás había permanecido y mantenido negocios en la Amazonía peruana. “¡Vete, aventúrate, que tus alas crezcan! ¡Sal! Si no vale la pena, regresas, pues. Pero vete, quizás eso va a cambiar tu forma de pensar, de ver las cosas... Y fuera de eso, te vas a olvidar de este tipejo”.

3. O bom futuro

JM – Tu nasceu aonde, Luh?

Luh – Foi aqui em Tabatinga, na casa, não foi no hospital.

JM – Na casa de teus pais?

Luh – Eu não conheço meus pais, só a minha mãe de sangue, biológica.

JM – O pai, não sabe?

L – Eu sei o que dizem. Que ele matou um soldado aqui e teve que fugir, dizem que ele sabe de mim, mas não quer saber, e eu tampouco. Ele mora em Manaus. Era militarzinho.

JM – Era jovenzinho então?

L – É, era. Eu sou fruto de uma aposta.

JM – Como é?

L – Ele apostou com o colega dele quem ia comer a minha mãe primeiro,

ele comeu e ganhou uma grade de cerveja. E minha mãe engravidou da primeira vez.

JM – e a tua mãe? Ela é de onde?

L – Ela é daqui. Já morou em Atalaia, Tabatinga, Estirão [da Fronteira (PELOTÃO DE FRONTEIRA DO EXÉRCITO BRASILEIRO)]... acho que ela nasceu em Tabatinga...

JM – tu conhece ela, a sua mãe?

L – Conheço

JM – mas não tem muita relação com ela?

L – Não, não, pouquíssimo. Quando eu tinha um ano e meio ela ficou com o pai dos meus dois irmãos, que são agora. Dizem -eu nunca tive raiva dela, não sei se isso é verdade- que ele sovina comida de mim, quando ele chegava do trabalho, eu estava chorando, ele chutava o prato de comida. E aí ela resolveu me dar, pediu para a madrinha de água, de fogo, que morava no interior, para ela procurar alguém que quisesse uma criança, que ela dava. Aí que diz que ela encontrou essa senhora lá que me criou, e ela queria um menino para criar porque ela não tinha um com o marido; aí ela veio para me conhecer e me pegar. Disse ela, me contando, que eu era só ferida e eu tava debaixo do girau comendo casca de banana. Aí eu não sei também, enfim.

Ela me levou, me criou até meus 14 ou 15 anos quando eu comecei a trabalhar. Eu sempre trabalhei roçando, mas não tinha retorno, era só pra ele mesmo, essa coisa normal de família de interior, todo mundo em conjunto. Era isso aí. Aí meu pai de criação foi serrar para a Prefeitura numa comunidade mais abaixo, e quando voltou queria se separar por que tirou a virgindade de uma indígena lá pra baixo e o pai dela tava forçando ele a ficar com ela, senão ele ia matar ele, ela falou tá bom. Aí eles venderam a casa, né? E aí ela me trouxe pra gente morar num apartamento aqui. Ela namorou com um rapaz e depois ela foi morar na casa dele, eu não gostei dele também. Ela falou então vai ficar uns tempos na casa da sua mãe [biológica]. Então eu saí de lá e não voltei mais. Mas, sempre eu visito ela.

JM – tu crescestes onde?

L – No interior, no beiradão.

JM – beiradão? E era uma comunidade que se chamava como?

L – Bom Futuro 2 [comunidade ribeirinha do alto rio Solimões].

Luh e eu nos conhecemos em 2011. Esta é a primeira vez que escrevo sobre ele. Foi o primeiro dos meninos gays que eu conheci em Tabatinga e com quem fui costurando a minha relação com as redes do “babado” gay e trans e da macumba. Luh é doce, sempre cansado de trabalhar e sempre muito disposto a conversar, a me guiar e a me ajudar na pesquisa. Com ele fui compreendendo as parcialidades e fractalidades da experiência “brasileira” e “juvenil” da fronteira. Silvana Nascimento (2019) y Nestor Moreno Rangel (2020) estudaram parcialidades LGBT peruanas e colombianas e as composições tríplices. De onde emergia “o Brasil” aqui? Onde estava para Luh e seus amigos “a fronteira”? Que lugar era esse e quais eram as mobilidades para quem, diferente de Socorro, Carmelo e eu, havia nascido e estava crescendo “aqui”? Nós três olhamos esta fronteira em *castellano*, desde três diferentes e relativas externalidades, de fora, como se diz ali: uma externalidade *serrana*, peruana, de comerciante que sempre se pensou de passagem, que nunca enraizou e nem quis propriamente fazer parte; uma externalidade *paisa* colombiana, de comerciante migrante que virou colona e parte da história local transfronteiriça; e uma externalidade colombiana e brasileira-sudestina, masculina, localizadamente “branca” –*pero no tanto*, de pesquisador. Luh é parte do “aqui” mais brasileiro e mais histórico. Mas que “aqui” é este?

Uma manhã, quando estava com 8 para 9 anos, Luh atravessou a comunidade para comprar uma coca-cola que o pai pedira. Bom Futuro 2, como muitas comunidades ribeirinhas do Alto Solimões, era fundamentalmente evangélica. No meio do caminho, um vizinho, amigo da casa, que tomava banho no rio, pediu-lhe para se aproximar. Ficaram conversando e o Luh disse que voltaria depois de comprar o refrigerante. Assim foi. O homem, que estaria por volta dos 30 anos, tirou a toalha, “tinha o pau duro e me pediu para tocar”. Ele tocou, achou legal e o encontro foi progredindo. Luh lembrava que o homem foi acariciando e explicando com calma, foi tentando devagar até conseguir uma penetração completa no anus do menino. Ali, no rio. Na moita. Ele lembra que doeu, sim, um pouquinho, e que teve um pouquinho de sangue,

mas que em momento algum sentiu violência, não teve medo e nem se sentiu agredido. De início, curtiu. Chegou em casa mais de uma hora depois, com alguma dor e se sentindo um pouco estranho. Aquela noite teve febre e sabia que havia um enorme segredo a guardar. A partir daquele momento foi experimentando e querendo mais, até começar ele a dar em cima de adolescentes ou adultos que ele sentia gostar.

Entre os 10 e os 15 anos Luh “deu” para praticamente todos os homens da comunidade. Homens adultos e casados... e os seus filhos. Todo mundo “crente”. Um filho e um ajudante de Pastor. Este último, morrendo de culpa, decidiu contar para o Pastor. Foi o final. A cidade inteira ficou sabendo, ele foi perseguido pelo próprio pai até uma castanheira -não uma goiabeira- na qual se refugiou durante horas, a mãe chorava, o Pastor rugia, o pai dizia que iria matar o homem e queria matar o menino, e a avó aguardava Luh no seu colo. Pouco tempo depois ele foi tirado do Bom Futuro pela sua mãe, enquanto seu pai “tirava a virgindade” de uma moça indígena em outra comunidade próxima, e veio morar com um tio em Tabatinga.

Como sentir esta história? Como ouvi-la e continuar andando na mesma linha? Como “explicar” sem armadilhas românticas ou patológicas? Para mim foi extremamente perturbador ouvi-lo contar. Falamos sobre isso algumas vezes entre 2011 e 2015, e jamais, jamais o ouvi conectar a história daquela primeira penetração com sentimentos de agressão, violência, abuso. A violência é localizada a partir do descobrimento do segredo. A história da “primeira vez” impressiona, pelos fatos em si e pela tranquilidade com que Luh lembrava e sentia a situação, sem aparente “trauma”, sem grandes revelações; em contraposição com os princípios de sexualidade, de saúde e de direitos que costumamos defender. Que deslocamentos estas histórias exigem de nós? Heather Montgomery (2001), em seu clássico trabalho sobre “prostituição de crianças” na Tailândia, nos lembra sobre as difíceis e intoxicantes articulações entre violência e agência. Por outro lado, Roberto Marques (2020) mostra as fricções das circulações feministas entre interiores e capitais, entre regimes urbanos e rurais de visibilidades, entre gênero e “cultura”, e como estas divisões são, então, renegociadas.

Por estes caminhos a história se reconfigura uma e outras vezes em nós,

leitores/escritores, enquanto exige que os nossos esquemas conceituais e afetivos se reconfigurem para deixa-la caber... Onde começa, de fato, o sofrimento de Luh? E onde termina? O que se conecta com o que e o que não? Como essa biografia nos interpela e interpela nossa imaginação socio-jurídica e moral sobre as possibilidades de ser sujeito? Sobre as possibilidades de atravessar imensas camadas de abandono? Há alguma surpresa e novidade? Há um exotismo territorial do “revés da nação”? Como seria isso possível? O que essa “surpresa”, esse “exotismo” falam das nossas próprias obliterações e incapacidades, como se perguntava Povinelli (2011)? Estudar em “interiores” e movimentos dá trabalho, justamente, porque evidencia os limites dos deslocamentos normativos coloniais que produziram e produzem a nossa confiança, nosso lugar no mundo imaginado como sendo o próprio mundo, nossa perspectiva acadêmica, científica e legal branca, urbana e burguesa. Evidenciam os regimes de imobilidade que sujeitam nossa imaginação.

Luh me ofereceu sua companhia, seu conhecimento e amizade, assim como seu corpo sexuado, e quando eu lhe expliquei que não desejava e que não poderia aceitar essa última dádiva, não implicou nenhum problema ou qualquer afastamento. “Tudo bem, professor”. Eu, da idade da sua mãe, era mais um desses velhos héteros forasteiros, perdidos na fronteira fazendo quem-sabe-o-quê, com quem eles costumam ter relações sexuais, afetivas e econômicas. Guilherme Passamani, na sua tese de doutorado (2015), conta preciosas histórias destas relações em Corumbá, na fronteira do Brasil com a Bolívia, numa perspectiva geracional em que o Rio de Janeiro brota e forma a nação-na-fronteira nos corpos de marinheiros, nos desejos cruzados, na diferenciação fronteiriça, no carnaval, obviamente.

Mas Luh não fazia “babado”; isto é, não ganhava dinheiro em troca de sexo com homens diversos. E talvez é por isso que nunca antes eu havia escrito sobre ele. Ele dizia não ser o suficientemente belo, não ser uma “menina”. Ele sentia que assim (“gayzinho” e “boyzinho”, com seu cabelo curtinho, com seu corpo de trabalhador e suas roupas mais padrão ou discretas) não iria conseguir quem pagasse. A gramática maioritária do “babado” protagonizado por elas e eles indicava que quem pagava eram homens (cis), “bofes”, héteros, “homens

mesmo”, no intuito de penetrar um corpo então materializado e performado como feminino... Quem recebia dinheiro, “dava” e no “dar”, e para “dar”, se feminizava. Ou, no outro polo, como mostrou a pesquisa de Fábio Junior de Lira Melo (2014), as “bichas velhas” pagavam os “moleques” e “bofes” (héteros), mais masculinos padrão, para que as “bombassem”. Essa gramática não se reproduzia necessariamente nos encontros sexuais entre pares e não mediados por dinheiro. Nesta gramática do “babado” Luh pertenceria ao lado masculino do negócio. O lado que tem que trabalhar e pagar para ter sexo.

Quiçá é por não estar no “babado” (e nem no tráfico, nem nas forças militares) que a circulação de Luh era mais restrita. Diferentemente de outros jovens de “babado” com quem falei nesses anos em Tabatinga, especialmente gays e trans, Luh não frequentava as cidades e povoados próximos, não circulou por Iquitos e Manaus e nem, como algumas, por São Paulo, Bogotá e outras cidades distantes. O fato de não ser “de babado” e de apostar firmemente em trabalhos formais e legais, implicava menor mobilidade, mais carga braçal e ganhos econômicos menores; além de maiores gastos na noite e no sexo.

Em 2011, quando nos conhecemos, ele trabalhava como recepcionista de um motel. Na época da conversa com que iniciei essa história, 2015, e pelo menos até 2020, trabalhava em regime de exploração vendendo sapatos na “calle de las chanclas”, na loja na qual Socorro e eu compramos os sapatos da viagem. Antes havia trabalhado cuidando de uma chácara, como vigia noturno, tentando terminar a Escola de Jovens e Adultos durante a tarde.

Também em 2011 e 2012 Luh frequentou a “macumba”/Umbanda. Um particular regime de giras, mobilidades, movimentos, trabalhos, amores, dádivas e presenças. Contudo, novamente a sobrecarga de trabalho e cansaço, e as demandas do “marido” da vez, não lhe permitiram mergulhar em cheio. Aos poucos foi abandonando o terreiro e ficando quieto também assim, no coração da intensidade transfronteiriça.

Flavia Melo (2020) já mostrou como a territorialidade e geopolítica do interior amazonense é múltipla, e Silvana Nascimento (2018) nos ajudou a entender as formas como as cidades, suas bordas e “interiores” e as nossas percepções sobre elas, mudam e são constituídas dependendo de quem circula

por elas e entre elas. Pessoas gays e trans nos mercados do sexo, por exemplo.

Luh não saiu do interior para vivenciar na “capital” plenamente sua sexualidade reprimida. Sua homossexualidade e seu desejo *precoce* não eram propriamente reprimidos no “interior”; na pequena comunidade evangélica sua sexualidade, seu corpo e seus desejos foram hiperestimulados e colocados num regime específico de consumo. Para salvá-lo de uma provável morte, Luh foi levado de um “beiradão”, de uma comunidade ribeirinha, para Tabatinga: uma cidade do interior do Amazonas, cidade média que é, ao mesmo tempo, uma espécie de capital regional do alto Solimões e um polo de mobilidade regional/transfronteiriça. Como acontece com muitos e muitas jovens, nessa cidade sua sexualidade e seus ganhos financeiros e cosmopolitas poderiam ter explodido. Tabatinga anos 2000, já era aquela “*frontera*” urbana e libertária procurada por algumas *chivas* peruanas vindas dos cantinhos de Loreto (Peru); aquela “favela” de Leticia, na perspectiva arrogante de alguma colombiana amiga, em que “tudo pode”; um dos “pontos vermelhos” nas descrições brasileiras e globais do narcotráfico, como mostrou Daniel Hirata (2015); aquele terrível “cu” do mundo, aquele delicioso “cu” do mundo; aquele lugar que provoca água na boca para quem gosta de definir intervenções e missões urgentes: terra de crime e de pecado. Coração, junto com Leticia e a ilha peruana de Santa Rosa, do complexo urbano transfronteiriço, e, conectada pelas movimentações “geohistóricas” da “Fronteira Amazônia” (como poderiam dizer Aponte (2017) y Flavia Melo (2020)) e, em particular, do comércio global de cocaína-e-suas-políticas, parte de uma enorme, complexa e relacional territorialidade transfronteiriça e transnacional.

Contudo, a cidade não implicou um mundo transfronteiriço a ser ganho, e não implicou (apenas) “liberdade” sexual para Luh, mas sua inserção em outros regimes (urbanos e transnacionais/transfronteiriços) de exploração do trabalho e de intercâmbios sexuais, afetivos e econômicos. Implicou sua fixação como marido-gay fornecedor à margem do mercado sexual local/transfronteiriço, como guardião de chácara, como recepcionista de motel para monitorar a intensa circulação de corpos e gozos transfronteiriços, como operador do armazém da loja de sapatos que colabora na intensa circulação de mercadorias,

peçoas e dinheiros em, através e para além desta fronteira. A imagem é a de uma espécie de pivô, como Carmelo e Socorro, guardando todas as proporções e diferenças, para manter a cidade e a fronteira em circulação.

Para Luh a fronteira não implicou, então, a intensificação do seu movimento, do corpo, dos amores ou dos ganhos financeiros. E muito menos uma *transfronteridad*, como chama Norma Iglesias-Prieto (2014, 2017) à experiência de habitar e produzir espaços, corpos e relações que atravessam (no sentido de Anzaldúa (2012)) as fronteiras. Para Luh, é um pouco como se a fronteira apenas estivesse aí, limite local obliterado e pleno (ali acaba Tabatinga, um mundo) e argumento histórico garantido de como chegamos aqui (a escola, o dinheiro, a fuga).

JM – Luh, me conta uma coisa, você vai pra Letícia com frequência?

L – Não, eu vou quando tem que comprar alguma coisa, algum remédio pro patrão. Mas, por esse negocio de diversão, não.

JM – e pra Santa Rosa (ilha peruana na frente de Leticia/Tabatinga)?

L – Não. Eu fui a Santa Rosa uma vez pra comprar cds de novela e voltei.

JM – uma vez na vida? Não acredito...

L – Aham. Em Benjamin eu fui duas, no aniversário do meu avô e outra vez.

JM – tu não sai de Tabatinga?

L – Na verdade, não. Não tem para onde, sair pra onde? Não tem pra onde.

JM – E tu tens amigos colombianos?

L – Pouquíssimos.

JM – e peruanos?

L – Tem as que trabalham na loja aí, só.

JM – e pra Bom Futuro nunca voltou?

L – Voltei duas vezes. E tem uma colega minha que tá querendo voltar pra lá esses tempos, mas como é que eu vou? Porque as minhas férias...

4. Otro hombre perdido en la frontera. O, etnografía como privilegio.

Olhar o mundo
desde o vértice
com o canto do olho
decantado

agachado
sem força

ver o mundo esmigalhar
sorridente
mirabolante
espalhafatoso
e você aí,
travestido de terça-feira
fumando o último hábito
seco
no hábito findo
feito
tão só um vértice
mundo.

(TABATINGA, 2015; SÃO PAULO, 2022)

Pero, ¿qué tenía que hacer yo en la frontera, en el medio de la Amazonía? ¿Cómo, por qué, para qué sumergirme en una región, en una ciudad que no conocía? ¿Cómo era posible que yo, nascido y crecido en Bogotá, con el doctorado realizado en Porto Alegre, viviendo entre Rio de Janeiro y Campinas, pudiera realizar ese trabajo de campo? Escribo esta última historia como parte de mi contribución a una conversación con Fabio Candotti (2017), Silvana Nascimento (2019b) y Flavia Melo (2020), entre Campinas y São Paulo,

Manaus y Tabatinga, sobre *nossos corpos e nossas trajetórias enredadas/encarnadas em pesquisas e territórios*.

Rio de Janeiro, 2009: en el encuentro de la Latin American Studies Association converso con Adriana Piscitelli sobre la posibilidad de ella hacer parte de la *banca* en la *defesa* de mi tesis de doctorado. Ella me pregunta qué pienso hacer después. Hacer un pós-doc en el *Núcleo de Estudos Pagu da Universidade de Campinas* (BRASIL), con ella, sería para mí un lujo, un enorme privilegio. Pensé posibilidades de proyectos que colocaran en diálogo mis intereses (de investigación y otros) con los intereses de investigación de ella. Y así, negociando prostitución con mercados del sexo (PISCITELLI, 2013; PISCITELLI *et al.* 2011), y movilidades transnacionales con circulación transfronteriza, surgió la idea de conocer mejor los mercados sexuales en la frontera Brasil – Colombia, y pensar el campo a partir de ellos.

Yo quería conocer -etnográficamente- la Amazonía. Desde el tiempo en el que trabajé en la región media del Rio Magdalena, en Colombia (2000-2002), las relaciones entre género, sexualidad, dinero, violencias, ríos, fronteras y contextos coloniales, colonos o de expansión, me daban vueltas en la cabeza. Además, saliendo del doctorado en el centro de Porto Alegre, quería reconectarme con mi país natal, estar en el medio de estas tierras, en la encrucijada.

Seguimos en Rio, entre 2009 y 2010. Mi querido Guilherme Heurich, con quien yo vivía en la *casinha da Glória* después de nuestra emigración colectiva de Porto Alegre, oyéndome hablar sobre el proyecto de *pós-doc*, me presentó a su amigo, colombiano y antropólogo viviendo y estudiando en Rio, Edgar Bolívar. Edgar había vivo en Leticia. Tomando cerveza en la Glória, Edgar -hoy profesor en la Universidad Nacional de Colombia en Leticia- me presentó a Claudia Mora, actualmente profesora en el IMS/UERJ, también colombiana que había trabajado en la secretaría de salud del Amazonas en Leticia. Edgar y Claudia, quien es co-autora de un artículo fundamental sobre los sistemas de salud en esta frontera (SUÁREZ-MUTIS *et al.*, 2010), me enseñaron mucho sobre esta frontera y me recomendaron especialmente una persona para cuando yo llegara a Leticia: Marco Tobón.

De Rio yo tomaba un bus o un avión todas las semanas para Campinas. Y vuelta. En Campinas encontré a Patrícia Rosa, también amiga de Porto Alegre,

da UFRGS, que comenzaba su doctorado en la Unicamp y con quién después hicimos campo juntos en la triple frontera (OLIVAR, CUNHA Y ROSA, 2015). Patrícia vivía con Renata Nóbrega, autora de una preciosa tesis de doctorado en sociología sobre movilidades transnacionales, amores, circulación de dinero y la formación reciente de Rondonia (NÓBREGA, 2016), su estado y donde hoy es profesora. Compartiendo con ellas la bizarra situación en la que me encontraba, de estar comenzando la *pesquisa* y no conocer nadie en Leticia/Tabatinga, Renata me contó que tal vez una amiga de ella, Gláucia Baraúna (doctoranda en la UFAM con tesis sobre *atingidos por barragens* en el Rio Madeira (BARAÚNA, 2014) podría ayudar. Ella le habló a su amiga Flávia, profesora concursada en el campus Instituto de Natureza e Cultura de la Universidad Federal de Amazonas. Este campus está localizado en la ciudad de Benjamin Constant, a 40 minutos de lancha de Tabatinga.

Con Marco y Flavia publicamos recientemente un capítulo (OLIVAR, MELO, TOBÓN, 2021). Pero nada de esta historia de más de diez años se cuenta allí, porque nada de esto nunca se suele contar. Movilidades y relaciones, amores, sexo, *tretas* y grandes amistades, suelen ser cosas de “los otros”. Marco me recibió con todo su cariño y generosidad y me presentó varias personas de la Universidad y a Doña Doris Gringonegro, una concedora importantísima de la historia de la frontera y de la prostitución en ella. Mientras yo pasaba bastante tiempo con D. Doris, Marco y yo nos fuimos haciendo amigos, entre bicicletas, futbol, jugos naturales, deseos de estudio y de migración e historias amorosas. Flávia... bueno, entre taxis, *baleeiras*, cervezas, bailes, Comaras, noches, aventuras, antropología y megalomanías compartidas, ella y yo nos convertimos en la relación afectiva y de trabajo más armoniosa, productiva y duradera que hemos tenido. Ella me presentó a Bagdala Lima, antropóloga de la UFAM cuyo trabajo sobre el prostíbulo de Zé Gay ella había orientado (LIMA, 2010), y Bagdala, maravillosa, me presentó a Luh, a Emilly y a Livia, un poderoso trío de las sexualidades tabatinguenses que me conectó a una enorme red gay y trans transfronteriza/brasileira.

Una más. *Na cara de pau* y haciendo uso de mi trayectoria en salud sexual y reproductiva y con la Red Brasileira de Prostitutas, fui un día a la *Coordenação*

de DST/Aids de la Prefeitura de Tabatinga y pregunté si tenían alguna actividad con trabajadoras sexuales en la ciudad. Yo podría ayudar. No había, pero organizaron una reunión para conversar con *as cafetinas* (las mamis, diría Socorro; las patronas, dirían las chicas de Carmelo) y me invitaron. Ahí, en septiembre de 2011, conocí a Carmelo. Fue amor a primera vista. Por alguna razón ella me abrió una enorme ventana de confianza y a partir de ahí fue un laborioso tejido de amistad, cariño y cuidado, y trabajo, que se prolongó hasta su muerte en 2015. Fue una relación *same sex crossed*, para jugar con el lenguaje analítico de Marilyn Strathern (2006 [1990]): ella Carmelo, ella Doña Carmen; ella y yo compartiendo masculinidades en la cantina, ella elevándome a “como un hijo de mis entrañas”; más o menos hombres, más o menos amigos, más o menos casi-hijo, dependiendo del conjunto relacional. Entre relaciones *same sex* y *cross sex*, entre dos colombianidades diferentes, pero mutuamente reconocidas, entre distancias geográficas y generacionales y todas, todas, las asimetrías económicas entre nosotros, Carmelo me hizo parte de su red de parentesco en movilidad.

Como me dijo una tarde “la vieja Kati”, amiga de Carmelo: “Cuando uno se va solo, le toca hacerse su propia familia en el lugar al que llega”. Eso le valía a Kati, le valió a Carmelo y me vale a mí hasta hoy.

Cuando acabó el proyecto *Jovem Pesquisador “Gênero em territórios de fronteira e transfronteiriços na Amazônia brasileira”*, que coordiné entre 2014 y 2017 como continuación del *pós-doc* (2010-2013), había una fuerte red de compañeros y compañeras de investigación, de diversas universidades brasileras y de otros países, que se sumaban a las redes de interlocutores y amigos en la triple frontera¹. Sin embargo, once años antes a Porto Alegre, y seis años antes a la

1. De hecho, esta red fue uno de los resultados del proyecto. Una forma de verla es a partir de los seminarios que realizamos en 2015 y en 2017 (1, 2, 3, 4 y 5), incluyendo un Seminario Internacional de cierre. Participaron: Aline Tavares y Luiza Terassi (Unicamp – coorganizadoras en 2015), Flavia Melo (UFAM –coorganizadora en 2017), Mario Augusto Carneiro y Tuanny Lima Victor (Unicamp – estudiantes de iniciação científica), Karla Bessa y Regina Facchini (Pagu- Unicamp); Lindomar Albuquerque (Unifesp), Daniel Hirata (UFF), Guilherme Passamani (UFMS), Leticia Tedesco (Independiente), Silvana Nascimento (USP); Adriana Dorfman (UFRGS), Luiz Fábio Paiva (UFCE), André Dumans Guedes (IPPU/UFRRJ), Gustavo Dias (Unimontes), Fábio Candotti (UFAM), Márcia Anita Sprandel (Senado

frontera, yo también me había ido desgarrado. Solo. Perdido afectiva e intelectualmente, sin saberlo bien, aunque tuviera como anclas *Termo de Outorga* de las becas y, en 2011, un compromiso con Adriana Piscitelli. Recuerdo que ni siquiera sabía bien lo que haría en Tabatinga, cómo me presentaría a las personas. Y en los primeros meses recuerdo de decirle a algún amigo que la cosa más extraña y surreal de esta frontera podría ser yo: un investigador de post-doctorado (¿?) de la Unicamp (¿?) con beca FAPESP (¿te pagan para eso?) haciendo etnografía (¿?) sobre prostitución (!) y mercados del sexo (¿?) en la frontera.... ¿Y es que allá donde tu vives no hay de eso?

El placer y la potencia, la celebración colectiva y ostensiva del privilegio hace con que por mucho tiempo uno no lleve a serio algunas preguntas.

Sabemos bien que etnografía no es un método (PEIRANO, 2014). Hacer trabajo de campo en la Amazonía, durante años, viviendo y trabajando en Río de Janeiro y en Campinas... transitar de forma relativamente segura y confiada en Tabatinga, a través de sus noches y callejones... invitar a amigos e interlocutoras a comer, a tomarse una cerveza, a conocer un lugar cercano que no conocían... estar 2, 3, 4 meses continuos sumergido en la intensidad de un trabajo de campo micro-multisituado, escribiendo diarios de campo, bocetos de artículos y poesías, tomando fotos y filmando, y con dificultades de comunicación, pero pudiendo pagar un pasaje para ir a Bogotá o a Río... aprendiendo sobre “frontera”, sobre circulaciones transfronterizas, sobre la administración del mercado sexual, sobre la historia de la prostitución y del narcotráfico, sobre homosexualidades y puterías, sobre Umbanda y sobre historia amazónica... Enamorándome una y otra vez... Todo eso no es sólo la tecnología disponible

Federal), Douglas Diegues (Independiente), Karina Biondi (UFSCar), Claudia López (Museu E. Goeldi), Luísa Elvira Belaunde y María Elvira Díaz Benitez (MN/UFRJ), Maria Rossi (PPGAS MN/UFRJ); Bruna Bumachar, Darío Muñoz, Diego Amoedo, Márcia Nobrega, Rodrigo Ribeiro, Patrícia Rosa y Oscar Guarín (PPG/Unicamp), Taniele Rui, Susana Durão, Christiano Tambascia, Emilia Pietrafeso de Godoy, Isadora Lins França, Antonio Guerreiro, Artionka Capibaribe (Dep Antrop. Unicamp); María Lois (U. Complutense de Madrid), Norma Iglesias-Prieto (San Diego State University), Margarita Chaves Chamorro (Instituto Colombiano de Antropología e Historia), Kathleen Staudt (University of Texas El Paso) y Kamala Kempadoo (York University).

más compleja de entender el mundo social (STRATHERN, 2014), ni nuestra elevada capacidad de atención y de *engajamento* con el mundo (INGOLD, 2016), o de “crear confianza” con los interlocutores. Todo esto constituye la materialización de enormes tejidos relacionales; la materialización de la confianza y de la generosidad de las personas con las que trabajamos en el campo, que nos reciben, nos dan su tiempo, su cariño, sus conocimientos, mucho de lo que tienen; de nuestras familias, también. Y todo eso es, también, la materialización de un enorme privilegio complejamente interseccional. Un privilegio de viejas raíces coloniales.

Socorro muchas veces me preguntaba por qué yo no trabajaba. A pesar de lo mucho que yo le explicaba lo que yo hacía allá. En 2007, cuando realicé un trabajo de campo exploratorio en “la zona” de prostitución de Puerto Berrío, Colombia, durante mi doctorado, una trabajadora con la cuál conversaba bastante me tomó las manos y las miró atentamente, cóncavo y convexo, y me preguntó: José Miguel, ¿usted nunca trabajó? En una madrugada de 2015, en un prostíbulo sobre palafitos en el río Yavarí, un hombre con el que bebía y al que escuchaba me tomó fuertemente la mano cuando yo ya me despedía. Me miró de abajo a arriba, especialmente los brazos, y me dijo, “Patrón, cualquier cosa que necesite, mándeme”.

Blanca, mi exesposa, así como otras mujeres locales y forasteras, en especial jóvenes, pasó por situaciones extremadamente desagradables y violentas de asedio sexual en la calle, además de asaltos o intentos de asalto o de violación. Ellas vivían constantemente con las invitaciones, comentarios o manos insistentes de mototaxistas. Yo no. La primera noche de trabajo de campo de 2011 fui agredido en la calle, gratuitamente, por un indigente. Nunca más.

Yo no tenía hijos pequeños o padres ancianos a quienes tuviera que cuidar día a día. No tenía que preocuparme por conseguir dinero para mantenerme; por el contrario, por una trayectoria académica de centralidades y privilegios, que conectaba grandes universidades en Bogotá, Porto Alegre y Campinas, y que ya había sido comenzada por mis papás, recibía todos los meses en mi cuenta el valor más alto que nunca había recibido y que me permitía mantener medio arriendo en Rio y tener una vida bastante cómoda en Tabatinga. La

FAPESP me pagaba para estar en la “Fronteira Amazônia” para que yo pudiera pagar guarderías y cervezas en las noches de la frontera, prestarle dinero a Carmelo y ayudar en sus cuidados, y llevarle algunas imágenes de santos al *terreiro* de Umbanda del Pai Jairo, uno de mis principales *sites* de investigación y lugar de encuentro de muchos chicos gays y trans (inclusive Luh, durante algún tiempo).

Si yo transitaba con alguna tranquilidad no tenía que ver solamente con el hecho de que yo fuera un hombre. Así, en genérico. Tenía que ver con mi cuerpo, incluyendo, creo, un cierto conocimiento *embodied*. Caminando por Tabatinga yo no era sólo “un hombre”, sino un hombre de piel morena y cabello oscuro, a veces “blanco”, a veces medio indígena, colombiano en Tabatinga que no parecía gay o muy afeminado, a veces medio hippie, a veces medio “patrón”. Y eso en la economía local/transfronteriza de violencias y tráfico podría significar muchas cosas. Un hombre en la casa de los 35 años, cuyo cuerpo no sufría grandes discapacidades o limitaciones de movimiento, que sabía y podía andar en bicicleta o en moto, hablar en español o en portugués, insultar y, si fuera necesario, golpear. Un colombiano transitando en la noche tabatinguense con ropas genéricas, con prostitutas, *cafetina*, gays y *macumbeiros*, con algunos amigos comerciantes peruanos: pesquisador “de tudo que não presta”, como me dijo en 2018 Doña Herondina en la cabeza del Pai Jairo, en Tabatinga. Por otro lado, años de trabajo en Colombia en regiones de conflicto armado, y de vida en Bogotá, me habían enseñado un poco a, digamos, leer rápidamente contextos y a obedecer consejos de amigos y amigas locales. Nada de eso me mantendría invulnerable, es claro, pero todo eso, la suerte y todas las relaciones más-que-humanas, me mantuvieron a salvo y feliz. Y, entonces, más privilegiado.

Como millones de personas en la historia de Brasil, yo también busqué a São Paulo para trabajar y ganar dinero. Hoy soy empleado, funcionario público del estado, soy papá de León, y profesor y *(des)orientador* de mis lindes alumnos, tengo un nuevo-buen amor que crece, continuo escribiendo sobre esta investigación tarde por la noche o entre reuniones, y estoy siempre negociando dos o tres semanas al año para poder viajar “a campo”. Creo que nunca

más escribí un poema, pero junto con León inventamos mil juegos, canciones y pinturas, y con los chicos y chicas de la facultad inventamos el cpaS-1 (COLETIVE DE ANTROPOLOGÍA, ARTES E SAÚDE PÚBLICA) y el *Baphorau*. Entre 2020 y 2022 viajé muchas veces entre Brumadinho (MG) y São Paulo, Brasília y São Paulo, tejiendo el zig-zag de León, cultivando mi paternidad y nuestra relación, como efecto de los rumbos profesionales y existenciales de Márcia, su mamá y mi excompañera. Amor, trabajo y movimiento. Algunos privilegios se mantienen, otros llegaron nuevos, otros se fueron y la lucha continúa mientras Brasil es destruido.

Como efecto de la intensificación de relaciones, trabajos y lecturas puta/transfeministas, anti-racistas y de/contra/anti-coloniales, así como del estudio del campo científico contemporáneo, hoy pienso que esa investigación que realicé en la frontera, de la forma que fue realizada, es una persistencia en el presente del pasado de la antropología. Quizá haya sido la última etnografía que realicé de esa forma “clásica”, digamos, alimentada por todas las fantasías de lejanía, de *solidão* y de genialidad individual y masculina, por todas las fantasías (pós)coloniales, blancas y masculinas de viajes, descubrimientos y autorías. A partir de 2015, con la muerte de Carmelo y la ida de Socorro y otras tantas personas, inclusive de Marco y Flavia, todo quedó extraño. Creo que la antropología que hicimos no deberíamos insistir tanto en seguirla haciendo: sobre amor y movimiento, sobre sexo, género y dinero, son otros cuerpos, otras voces, otras alianzas y otros saberes que están llenando y multiplicando el “breve espacio en que no estás”. De mi parte, intento decir menos y conectar más, ¡salve Exu!

Referencias

ANZALDÚA, Gloria. **Bordelands/La Frontera: The new mestiza**. São Francisco: Aunt Lute Books, 2012.

APONTE, Jorge. **Leticia y Tabatinga. Construcción de un espacio urbano fronterizo: hacia una geohistoria urbana de la Amazonía**. Tesis de Doctorado en Geografía. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2017.

BARAÚNA, Glaucia. **Atingidos por barragens: conflitos socioambientais no Rio**

Madeira. Tese de doutorado em Antropología Social. Manaus: Universidade Federal do Amazonas, 2014.

BUMACHAR, Bruna. **Nem dentro, nem fora: a experiencia prisional de estrangeiras em São Paulo.** Tese (Doutorado em Antropologia Social) – Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Estadual de Campinas, Campinas, 2016.

CABEZAS, Amalia. **Economies of desire: sex and tourism in Cuba and the Dominican Republic.** Philadelphia: Temple University, 2009.

CANDOTTI, Fabio. Algumas ideias para uma analítica descolonial da Amazônia. **Seminário Internacional Gênero e Territórios de Fronteira.** 13 de setembro de 2017. Núcleo de Estudos de Gênero, PAGU, Unicamp, 2017. Disponível em: https://www.academia.edu/37346675/Algumas_ideias_para_uma_anal%C3%ADtica_descolonial_da_Amaz%C3%B4nia

FLEISCHER, Soraya; SCHUCH, Patrice (Org). **Ética e regulamentação na pesquisa antropológica.** Brasília: Letras Livres, Editora da Universidade de Brasília, 2010.

HIRATA, Daniel. Segurança pública e fronteiras: apontamentos a partir do ‘Arco Norte’. **Revista Ciência e Cultura** vol.67 no.2 São Paulo abr./jun. 2015: 30-34.

IGLESIAS-PRIETO, Norma. Tijuana provocadora. Fronteridad y procesos creativos. En: José Manuel Valenzuela (ed). **Transfronteras: fronteras del mundo y procesos culturales.** Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, 2014, p. 97-128.

IGLESIAS-PRIETO, Norma. “Mental Maps and Borderisms. The border as a condition of meaning”. **Seminário Internacional Gênero e Territórios de Fronteira.** Núcleo de Estudos de Gênero – Pagu, Unicamp. 14 de setembro de 2017. Ver: <https://www.youtube.com/watch?v=PoOLPZVZUCI>.

INGOLD, Tim. Chega de etnografia! A educação da atenção como propósito da antropologia. **Educação**, v. 39, n. 3, p. 404-411, 22 dez. 2016.

LIMA, Bagdala Cajueiro de. **Profissionais do sexo: um estudo de caso no contexto social do município de Tabatinga/AM.** Trabalho de Conclusão de Curso, Graduação em Antropologia, Instituto de Natureza e Cultura da Universidade Federal do Amazonas. Benjamin Constant: UFAM/INC, 2010.

MARQUES Roberto. Problemas de patrimônio como problemas de gênero: disjunções entre feminismo e cultura popular na Festa de Santo Antônio em Barbalha (CE). **INTERSEÇÕES** v. 22 n. 3, p.463-491, dez. 2020. DOI: 10.12957/irei.2020.56792

MELO, Fábio Junior de Lira. **Entre famílias, bofes e lances**. Trabalho de Conclusão de Curso, Graduação em Antropologia, Instituto de Natureza e Cultura da Universidade Federal do Amazonas. Benjamin Constant: UFAM/INC, 2014.

MELO, Flávia. **Cadastrar, incluir e proteger: as malhas da assistência social na fronteira Amazônia**. Tese (Doutorado em Antropologia Social) – Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Universidade de São Paulo, São Paulo, 2020. Doi:10.11606/T.8.2020.tde-19042021-132559.

MONTGOMERY, Heather. **Modern Babilon?: prostituting children in Thailand**. London: Berghahan Books, 2001.

MORENO RANGEL, Nestor. **La lucha por el derecho a aparecer en las márgenes del río Amazonas: activismo, organización y acción política lgbt en la triple frontera entre Brasil, Perú y Colombia**. Tese de doutorado em Psicologia. Universidade Federal de Minas Gerais, 2020.

NASCIMENTO, Silvana. “Fugas e contrapontos na fronteira: reflexões etnográficas sobre transitividades corporais e de gênero no Alto Solimões/AM”. **R@U**, 11 (1), jan./jun. 2019a, p.524 – 551.

NASCIMENTO, Silvana. “O corpo da antropóloga e os desafios da experiência próxima”. **Revista de Antropologia**, v.62(2), 2019b: 459-484. <http://dx.doi.org/10.11606/2179-0892.ra.2019.161080>

NASCIMENTO, Silvana. “Desire-cities: a transgender ethnography in the urban boundaries”. **Vibrant**, v. 15 N. 1, 2018. E151501 DOI: <http://dx.doi.org/10.1590/1809-43412018v15n1a501>

NÓBREGA, Renata da Silva. **Entra na roda: história, cotidiano e mobilidades em Rondônia**. Tese de doutorado em Sociologia. Universidade Estadual de Campinas, Campinas, 2016. Available at: <http://www.repositorio.unicamp.br/handle/REPOSIP/305064>.

OLIVAR, JM. “Señora, no espere que un día de hospital cure 40 años de mala vida: morte, emoções e fronteira”. **Horizontes Antropológicos** (online), v. 25, 2019, p. 79-110.

OLIVAR, JM; CUNHA, Flávia; ROSA, Patrícia. Presenças e mobilidades transfronteiriças entre Brasil, Peru e Colômbia: o caso da ‘migração peruana na Amazônia brasileira’. **Revista TOMO**, n.26 jan/jun, 2015, p.123-163.

OLIVAR, JM; MELO, F & TOBÓN, M. Blood, Smoke and Cocaine? Reflections on the Governance of the Amazonian Border in Contemporary Brazil. In: Natalia Ribas-Mateos & Timothy Dunn. (Org.). **Handbook on Human Security, Borders and Migration**. 1ed. Cheltenham(UK) Northampton (USA): Edward Elgar Publishing, 2021, v. 1, p. 312-327

PASSAMANI, Guilherme. **Batalha de Confete no “Mar de Xarayés”: condutas homossexuais, envelhecimento e regimes de visibilidade**. Tese de Doutorado em Ciências Sociais. Unicamp, Campinas, 2015.

PEIRANO, Mariza. “Etnografia não é método”. **Horizontes Antropológicos**, 20, n. 42, 2014, p. 377-391. <http://dx.doi.org/10.1590/S0104-71832014000200015>

PISCITELLI, Adriana. *Trânsitos, crime e fronteiras: gênero, tráfico de pessoas e mercados do sexo no Brasil*, 2015, CNPq Processo: 404868/2012-6. Relatório de Pesquisa.

PISCITELLI, Adriana. **Trânsitos: brasileiras nos mercados transnacionais do sexo**. Rio de Janeiro: EDUERJ/ Clam, 2013.

PISCITELLI, Adriana; ASSIS, Glaucia e OLIVAR, José Miguel (org). **Gênero, sexo, amor e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil**. Campinas: Núcleo de Estudos de Gênero-PAGU-Unicamp, 2011.

POVINELLI, Elizabeth. **Economies of Abandonment: Social Belonging and Endurance in Late Liberalism**. Londo: Duke University Press, 2011.

RICOEUR, Paul. **Tempo e narrativa**. Campinas: Papiрус, 1994

SARTI, Cynthia; DUARTE, Luis Fernando (org). **Antropologia e ética: desafios para a regulamentação**. Brasília: Associação Brasileira de Antropologia, 2013.

SCHUCH, Patrice; VICTORA, Ceres. “Pesquisas envolvendo seres humanos: reflexões

a partir da antropologia social." **Physis, Revista de Saúde Coletiva**, 25 (3), 2015, p.779-796.

SUAREZ-MUTIS, Marta; MORA, Claudia; PÉREZ, Ligia; PEITER, Paulo. "Interacciones transfronterizas y salud em la frontera Brasil – Colombia – Peru". **Mundo Amazónico** 1, 2010, p.243-266. doi:10.5113/ma.1.10268

STRATHERN, Marilyn. O efeito etnográfico. In **O efeito etnográfico e outros ensaios**. São Paulo: Cosac Naify, 2014 [1999], p. 345-406.

STRATHERN, Marilyn. **O gênero da dádiva: problemas com as mulheres e problemas com a sociedade na melanésia**. Campinas, SP: Editora da UNICAMP, 2006 [1990].

APELLIDO B., BLANCA. **Haciendo comestible la ciudad. Los indígenas urbanos de Leticia y sus redes desde la Soberanía Alimentaria**. Maestría en Estudios Amazónicos. Leticia: Universidad Nacional de Colombia, 2013.

VICTORA, Ceres; OLIVEN, R; MACIEL, M; ORO, A (org). **Antropologia e ética: o debate atual no Brasil**. Rio de Janeiro: Associação Brasileira de Antropologia, EdUFF, 2004.

VICTORINO, Nicolás. Conformación de un nodo de transfronterización en el bajo Caquetá-Japurá. In: Zárata, C (org). **Espacios urbanos y sociedades transfronterizas en la Amazonía**. Leticia: Universidad Nacional de Colombia, 2012, p.262-282.

Recibido: 28/02/2022

Aceito: 21/04/2022